

Miguel F. Casares

Académico de Número



EL HOMBRE DE CAMPO
y
EL HOMBRE DE CIUDAD



Comunicación presentada en la Sesión Pública
del 24 de septiembre de 1958



ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

BUENOS AIRES

1958

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires - Arenales 1678.

★ ★

MESA DIRECTIVA

Presidente Ing. Agr. José María Bustillo.
Vicepresidente Dr. Daniel Inchausti.
Secretario General Dr. José Rafael Serres.
Secretario de Actas Dr. Antonio Pires.
Tesorero Ing. Agr. Saturnino Zemborain.

★ ★

ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Anchorena, Joaquín S. de
Dr. Arena, Andrés R.
Ing. Agr. Aubone, Guillermo R.
Ing. Agr. Brunini, Vicente R.
Ing. Agr. Bustillo, José María.
Dr. Cabrera, Angel.
Dr. Candiotti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel.
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Ing. Agr. Foulon, Luis A.
Dr. Inchausti, Daniel
Dr. Lé Breton, Tomás A.
Ing. Agr. Lizer y Trelles, Carlos A.
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio.
Dr. Quiroga, Santiago S.
Dr. Rosenbusch, Francisco.
Dr. Schang, Pedro J.
Dr. Serres, José Rafael.
Dr. Solanet, Emilio.
Dr. Zanolli, César.
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino.

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Sesión Pública del 24 de septiembre de 1958



Apertura del Acto por el Presidente de la Academia

Ing. Agr. JOSE MARIA BUSTILLO

La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria ha resuelto realizar, en el curso del año, un ciclo de conferencias sobre temas concordantes con las ciencias de su incumbencia, y que pueden tener una relación directa e indirecta con la reactivación económica y social, indispensable después de una tiranía retrógrada y demoledora.

De acuerdo con las más remotas tradiciones, las Academias no emiten juicios, no aprueban lo que parece verosímil, no comparan opiniones, dejan libertad para juzgar, no pretenden, en una palabra, dogmatizar. Exponen únicamente los resultados de la experiencia y de la investigación.

Por regla general, los académicos realizan estudios individuales, que por razones que no mencionaré, no tienen pública difusión, permaneciendo, muchas veces, en los archivos que consultan los estudiosos del presente y del futuro. En el progreso científico, un estudioso continúa la obra del antecesor, y siente orgullo si algo puede dejar en provecho del sucesor.

Hoy, la Academia de Agronomía y Veterinaria quiere coordinar estas acciones individuales en una finalidad común, como una contribución de todos, a estudios que debieran ser básicos en una legislación sólida y eficiente. Aunque no seamos escuchados, queremos cumplir así, en la hora actual, con un deber de conciencia nacional.

Le toca al Académico Ing. Miguel F. Casares iniciar la serie. No lo voy a presentar. Presidió la Academia y fué académico antes que yo, pero sí puedo repetir que el señor Casares es un progresista industrial por honrosa tradición, y estudioso por vocación, especializado en el humanismo de las ciencias agropecuarias. Ha observado que en los estudios de todos los Institutos Universitarios existe un vacío, una laguna, de lo que es necesario preocuparse.

Dejemos al Académico Casares que exponga el resultado de sus observaciones.

EL HOMBRE DE CAMPO Y EL HOMBRE DE CIUDAD

Comunicación del Sr. Académico de Número,

Ing. Agr. Miguel F. Casares



Me lleva a presentar esta comunicación a la Academia, el estado actual de incomprensión entre la población campesina, hoy indefensa, y la urbana que orienta la opinión del país. La buena voluntad entre ambas colectividades es obvia, más las separa cierta antinomia circunstante que proviene, casi diría, del contraste entre sus respectivos modos de vida.

Hasta hace pocas décadas, cuando no se menospreciaban las principales fuentes de riqueza de la nación, la influencia del estanciero y de instituciones nétamente agrarias contribuía eficazmente en nuestra legislación rural y ello permitía condicionar las reglamentaciones al medio en que debieron ser aplicadas.

Para dar claridad a mi exposición comenzaré describiendo las características más salientes de ambos tipos de vida, la campesina y la urbana, para poder luego de una rápida visión histórica señalar la importancia de la sociología rural como disciplina necesaria para encauzar los actos de gobierno en su obra de fomento agrario.

No siendo especialista en estas materias, no esperéis, señores Académicos, que profundice el tema, ni que siga un método riguro-

so; mi anhelo, en esta circunstancia, es dar una impresión sobre la necesidad de estos estudios en el país. Se me ha de tolerar entonces que realce el bando denigrado y cargue las tintas sobre la facción preponderante. No me lleva en ello otro sentimiento que el de contrariar tendencias injustas muy en boga.

La primera valla que encontramos, al entrar en materia, es la dificultad en determinar con precisión cuando una población es urbana, cuando es rural. El número de habitantes que usan los censos como base de diferenciación es, a todas luces, falso. Cuando se quieren aplicar con rigor científico estos dos conceptos ellos resultan demasiado vagos; seguramente, por esa causa, los sociólogos, más que pretender una dicotomía, han aplicado una escala de comparación suficientemente satisfactoria pues, en realidad, muchas ciudades tienen algo de ambos caracteres o tienen suburbios rurales y centros urbanos. Existen también pueblos manufactureros y ciudades netamente agrarias. El problema se resuelve entonces por el predominio de una de las dos características, entendiendo por ellas no el standard de vida ni la densidad de la población sino los atributos funcionales, pues el volumen, las diferencias de ocupación, etc., varían marcadamente en uno y otro tipo.

Para salvar, por ahora, esta dificultad, deberá entenderse que cuando hablo del hombre urbano, o ciudadano, aludo al habitante de las grandes ciudades, las metrópolis, donde predominan el comercio, las industrias, las universidades, las administraciones públicas, etc., y cuando menciono lo rural me refiero a los grupos humanos que viven, más o menos dispersos, de la explotación del suelo, de los animales domésticos y de sus comercios, habiten o no en villorios, pueblos o ciudades.

La característica esencial de lo rural es el manejo de cosas que viven, crecen, se reproducen y mueren. En contraposición las ocupaciones urbanas tratan de bienes sin vida: Instrumentos, máquinas, materias primas que han de sufrir procesos para adaptarlas a las necesidades humanas y administran, dentro de artificios convencionales, los elementos de intercambio. La condición de la faena rural exige el trabajo al aire libre, subyugado al imperio meteórico, con sus cambios imprevisibles y con los que derivan de la periódica mutación estacional. En contraste la población de la ciudad disfruta de cierta protección artificial contra las inclemencias atmosféricas y contra los ciclos del movimiento astral. Por eso la coacción de los horarios

es mayor en la sociedad urbana que en la rural y la imposición de los períodos estacionales es rígida en el ambiente campesino y casi nula en la vida ciudadana. Esta situación relativa y el no tratar cosas con vida, facilitan la división del trabajo y la organización económica, y es por esa causa que el rendimiento humano por hora suele ser superior en la ciudad aunque los grandes esfuerzos dinámicos y de voluntad corresponden a lo rural.

Comparada la tarea común rural con la urbana, en la primera, su desempeño requiere a cada persona buena diversidad de habilidades y muchas veces de técnica. Cualquier cambio en la rotación de cultivos, exigida para asegurar buenas cosechas, tiene su requerimiento estacional y aún su horario que varía con lo anterior. Otro tanto sucede con el ganadero, ya explote crianza, tambo, invernada o la combinación de ellos y cuando dispone o cambia especies domésticas. En todos estos casos, lo aleatorio de los factores climáticos, que han de decidir, en última instancia, el buen éxito o fracaso de los esfuerzos realizados, reclama a los que pretenden persistir en la explotación una firme conducta previsor, cualesquiera que fueren los resultados ocasionales del negocio emprendido.

A diferencia de esto, la mayoría de la población urbana cumple su tarea a un ritmo y un horario parejos todo el año, realizando en la oficina o en el taller un trabajo cada vez más monótono y automático y lo hace con espíritu confiado en la seguridad relativa de un salario o renta uniformes y la promesa de una jubilación futura.

Esta vida condicionada y casi maquinal del habitante de ciudad ha ido limitando sus decisiones individuales y provocando cierto temor a las responsabilidades personales, dando a su vez origen, por ausencia de individualidad, a un reglamentismo excesivo que pretende prever soluciones para todas las circunstancias. El obrero, el empleado, el funcionario, aún el juez, ha llegado así a perder parte de su humanidad por la aplicación automática, muchas veces sin acierto ni equidad, de las minuciosas reglamentaciones establecidas por leyes, decretos, resoluciones, órdenes y en último caso por los precedentes. Esta renuncia de acción personal, de albedrío individual, ha traído como consecuencia una inflación burocrática y como derivativo fatal la ineficiencia en el cumplimiento humano de las funciones y propósitos que debieron realizarse. Los gravámenes requeridos para soportar funciones que el hombre se desentiende o se le obliga a ello, no llenan en forma útil, con justicia distributiva, los

servicios que se esperan y, este ciclo vicioso, es uno de los factores generales en el aumento universal del costo de la vida.

Más volvamos a nuestro asunto. La incompreensión urbana atribuye a la gente rural caracteres psicológicos que muchas veces no son justos ni ciertos. La reputación peyorativa que suele soportar el campesino proviene, en gran parte, de un curioso fenómeno de persistencia filológica que viene arrastrándose desde la edad media "cuando la tierra inmóvil y firme ocupaba el centro del universo y el sol giraba a su alrededor para darle calor a los hijos de Dios". En aquel entonces la disciplina agraria se transmitía de padres a hijos, limitada en una técnica incipiente, casi invariable desde la prehistoria y la campaña soportaba una vida social aislada, rudimentaria, semisalvaje. Es explicable, pues, que las ciudades portadoras del cetro cultural, que absorbían los ceremoniales del feudo y las pocas instituciones de erudición humanista de la época, reservaran para sí vocablos encomiásticos como urbanidad, civilizado, cortesanía, que respectivamente derivan de *orbis* y *civis* que significan ciudad, y de corte que vale, aparte de establo, por población donde habita el Rey y las autoridades directivas; y que, al mismo tiempo, gratificarán al campesino con justificados apodos peyorativos como rústico, villano, patán, gañán, que en su vieja acepción principal valen como labrador o grosero y se llamara majadero tanto al hombre y cobertizo que amparan las majadas ovinas como al necio obstinado.

Entre los conceptos persistentes sobre el carácter del campesino, el calificativo de "rutinario" viene aplicándose por simple rutina urbana como si la pragmática agraria fuese todavía una disciplina inmóvil que no habría progresado a la par de otras. Rutinario, de ruta, en su valor semántico equivale a la práctica porfiada e irracional que se sigue por costumbre inveterada contra demostraciones en contrario.

Conste que no niego que la persona rural es de espíritu conservador. El carácter de su profesión, en la cual el recurso de sustento no es salario ni rentas fijos sino algo muchos más frágil que pende del hilo de la vida, sea planta o animal lo que se explote, exige conducta precautoria. Se puede aun aceptar que, por su conservatismo, la sociedad agraria sea el lastre de la humanidad. Lo hemos visto en el ensayo comunista donde la resistencia del mujik vino a salvar a Rusia de una crisis profunda, tal vez letal, para el pueblo y el sistema.

El desarrollo o la evolución del mundo, lo que se califica, sin discriminar como progreso, siempre se produce con la concurrencia de dos factores o polos antagónicos. Así lo verifican la ciencia y la historia. En la mecánica dinámica, la inercia es el elemento regulador de los movimientos; en estática, sólo venciendo y utilizando la resistencia de la gravitación fué posible erigir los grandes edificios de la humanidad; en biología, el germen, vida potenciada, lleva en sí parte del genitor que es el pasado; en lo jurídico, el legislador, el abogado, el juez, fundan los cambios y la interpretación de las leyes en los precedentes que son lo pretérito; en sociología, historia y en la acción política intervienen las tradiciones que son lo antaño. "Para superar el pasado es preciso no perder el contacto con él" fué afirmación dejada por el gran pensador español Ortega y Gasset. Todo lo que existe, lo que tiene vida o proviene de ella se apoya de una manera fatal e ineluctable entre el pasado y el presente. De la concurrencia de esos dos polos, que aparentemente se excluyen, nacen los cambios de las cosas, de los seres, de la sociedad, de la ciencia y de la técnica y pareciera evidente que la ausencia de uno de ellos daría origen al desorden y al caos.

La agricultura y la ganadería, actividades complejas, positivas, realistas, que como tales no pueden evadirse, sin desmedro, de las normas que la experiencia universal ha consagrado, tienen tanta autoridad o derecho para desentenderse de las improvisaciones imaginativas aunque se las llame rutinarias como la tienen los juristas y los hombres de estado para fundar sus determinaciones en nombre de los precedentes o de las tradiciones. Ese calificativo, en su actual significado denigrante, es engañoso y falso cuando se le aplica despectivamente a la población rural.

La acción campesina es cambiante de una generación a otra como las demás actividades humanas. Sólo se diferencia de la urbana en la variabilidad de tareas y en el ritmo de la actividad pues tiene momentos que requieren esfuerzos sobrehumanos seguidos de otros que provocan descansos prolongados. La naturaleza impera sobre el trabajo agrario con tal dominio que no permite adelantar o atrasar ni menos regularizar estrictamente las faenas. La oportunidad de cada una de ellas es móvil pero siempre perentoria y apremiante. No es posible, sin mengua, avanzar o postergar las siembras, las cosechas, la remisión a plaza de una tropa ya invernada, el desuello de los animales muertos, las reparaciones de daños imprevisibles causados por el ganado, la cura de enfermedades y muchas otras tareas.

Son raras las explotaciones que pueden absorber, en forma continuada, la mano de obra que requieren en circunstancias breves. Los trabajos de rodeo, las vacunaciones, marcación, esquila y ciertas cosechas exigen la colaboración de muchas personas que luego no habrá trabajo para darles y asimismo, las sequías, los períodos lluviosos, los calores extremos, los vendavales, modifican la calidad, la cantidad de trabajo y el rendimiento humano.

Estas circunstancias tan diversas muestran las dificultades, por ahora insalvables, de imponer al ambiente agrario muchas de las normas reglamentarias del trabajo en la ciudad y revela una de las incomprendiones que el reglamentismo burocrático ha pretendido aplicar en estos últimos tiempos.

La gente de campo vive a un ritmo más pausado que la de la ciudad. Están dotados de más paciencia que éstos, pero la minucia no se les escapa. Puestos en contacto, el llamado tiempo psíquico o tempo difiere en tal forma que, el primero exaspera al urbano que está entrenado en la rapidez de reacción, en la visión de conjunto y a desempeñarse con ideas hechas, preconcebidas.

También en su acción el campesino es más moroso y menos puntual pero más estable y persistente en sus propósitos. Cuando el hombre de ciudad comienza a trabajar en el campo, lo hace precipitadamente y se agota en las primeras horas; luego, paulatinamente, si no abandona, adquiere la cadencia morosa y rendidora. Aquellos que viven en ambos lugares, la ciudad y el campo, perciben que la majestuosa dignidad con que se nos aproxima el paisano, es consecuencia del medio pues no es lo mismo caminar sobre asfalto que sobre tierra, pasto o barro. El recién llegado levanta polvareda, patina o se embarra mientras el paisano se mueve con seguridad y queda impoluto.

Esas lentitudes relativas dejan la impresión de bajo nivel intelectual, de torpeza psíquica; sin embargo todo el encanto, calidad estética y profundidad de observación en Hudson, en Thoreau, Fabre y algunos otros, está en ese ritmo de discernimiento que descubre en las cosas vulgares, de todos los días, nuevos valores que no habíamos apreciado y cierta esencia épica en lo que nos parecía insignificante por hábito o aburrimiento de verlo. El ser urbano —que no es como el agrario guardador de sí mismo en el apremio de los fenómenos naturales— en su vivir amparado y guiado por institu-

ciones, todo espectáculo, por prodigioso que sea, si es incesante e innecesario para su vida, deja de maravillarlo y se esfuma del campo de sus percepciones. Por eso los rurales saben muchas cosas que olvidaron los hombres de ciudad.

De ahí que no sea extraño que para muchos campesinos observadores pacientes, la naturaleza sea una cantera magnífica de placeres íntimos y de sabiduría recóndita. El cinematógrafo a movimiento retardado, ha puesto de relieve, en forma simple, los grandes valores estéticos y tecnológicos de la percepción lenta y minuciosa.

El gaucho no es ni ha sido, como se cree en la ciudad, un hombre arcaico dotado de una vista, un oído y una memoria de que los otros seres humanos carecen. Lo único que lo diferencia es que vive en otro mundo que el urbano. Sus aptitudes son consecuencias puramente profesionales. El uso alerta de los sentidos y de la memoria local son, en nuestras campañas, imperativos dominantes para desempeñarse y aún para vivir. Si se coloca a esos prodigios ante cosas fuera de su ámbito, se comprobará que son tan deficientes como cualquier otro ser. Hudson, en "Ydle days in Patagonia" analiza sutilmente el sentido de la vista entre los paisanos y trae a colación, como recuerdo de su juventud, un diálogo entre un inglés y un criollo, ambos de edad madura. El primero sostiene que usa anteojos porque el hombre al envejecer va perdiendo la acuidad visual, mientras el paisano, descreído y burlón, niega esa posibilidad fundado en su experiencia pues sabe que conoce animales y personas cuando el europeo apenas alcanza a percibir un punto en el horizonte. Agotado el diálogo presta sus anteojos y al colocárselos quiso la casualidad que los cristales fueran adecuados al posible astigmatismo del criollo pues exclamaba azorado: ¡Angeles del cielo, que veo! ¡Nunca fueron tan verdes y hasta puedo contar las hojas!

Esta superioridad sensitiva del hombre de campo radica más en la interpretación, en la memoria de los movimientos, de los sonidos y expresiones que en la percepción directa. Esa memoria local, a menudo increíble para el ciudadano, se explica por su ejercicio continuo ante la coacción ineludible de que tanto ellos, como sus caballos, no se agoten, por recorridos innecesarios, en la búsqueda del lugar de reparo, alimentación y descanso. También es escrupuloso el conocimiento de cada animal puesto bajo su vigilancia. Distinguen cada oveja, vacuno o caballo en tal forma que no necesitan contar para saber si está toda la tropa o majada. Si no hubieren conocido los

animales de esa manera, en épocas pasadas, cuando abundaba el abigeato y no había alambrados, hubieran perdido animales y sufrido en lo más íntimo de su dignidad.

La capacidad de concentración del baquiano y del rastreador, en cosas que interesan a sus profesiones y su razonamiento lógico sorprendente fueron, y en parte siguen siendo, necesidades vitales para el paisano que habita la aparente monotonía del llano o los intrincados paisajes de la montaña y de las selvas vírgenes. La vida en ambientes confusos, de cruel uniformidad o enmarañados, es asesora en lo sutil y maestra de observación, memoria y serenidad. El atribuir esa aptitud a algo misterioso similar al instinto de orientación de ciertas aves e insectos, es patraña del hombre de ciudad que alejado de la naturaleza por bloques de cemento, se asombra ante hechos que significan su simple comprensión y su sabia utilización. En realidad el ser urbano se ha habituado a no ver lo inmediato, lo que le rodea, y a transformar automáticamente lo que existe en ideas y en convenciones y le sorprende, como maravilloso, o como fronterizo, el cándido observador que registra y retiene los detalles. No alcanzan a comprender esas personas que gozan, como el poeta, de inocencia vital, de cierta clase de renunciación intelectual. Los grandes rastreadores y baquianos de nuestra historia, han sido genios de una aptitud generalizada, casi sin excepciones, entre nuestro pueblo ganadero y lo es todavía en parte.

En realidad la población agraria del mundo está dotada, en grado equivalente o menor, de esa idoneidad. Lo demostró así la conscripción para los "comandos" ingleses en la última guerra. Se necesitaba para esos cuerpos especiales, hombres de buenos sentidos que vieran en la oscuridad nocturna, supieran ubicar el lugar de los ruidos, conocer por el olfato el tipo de munición que desflagraba en la proximidad, que tuvieran memoria del terreno recorrido, percepción alerta, aptitud mimética, etc. La selección psicotécnica establecida para ese alistamiento demostró que muy pocas personas de ciudad eran aptas para esos cuerpos. Por otro lado una investigación sociológica hecha por Mathias Alexander en sociedades urbanas puso de relieve que, a pesar de los progresos higiénicos y terapéuticos, la capacidad de apreciación de los sentidos y las facultades de coordinación de las sensaciones va disminuyendo gradualmente y afirma que esas insuficiencias y anomalías son provocadas por el hábito de reaccionar inconscientemente, por automatismo inhibitorio, a las excitaciones externas en lo que no es de interés personal.

Esas conclusiones de Alexander vistas a posteriori son lógicas pues la atención es, a fin de cuentas, la función psíquica que permite al individuo elegir, entre varias sensaciones, aquellas que responden a la necesidad vital y tiende a atrofiarse en personas que día a día son llevadas en transportes públicos, alimentadas en comedores colectivos, informadas por la prensa, diaria o por la radiotelefonía, asesoradas por capataces y peritos, orientadas por agentes, carteles, numeraciones y que, por lo general, practican una conducta guiada por ordenanzas, reglamentos, propagandas políticas y comerciales.

Es así como el hombre de ciudad ha ido despersonalizándose para concluir actuando por reflejos y conducta condicionados, pues si los perros de Pavlov tenían reacciones ilógicas y ante el sonido de un timbre aullaban, muchos de esos seres humanos se exaltan, se exasperan y pierden su sentido racional ante una frase breve, una sigla o ante una sola palabra como petróleo, imperialismo, soberanía, Cade, Dinie y otras.

El hombre de campo sólo fía en lo que vé y comprueba personalmente. Es objetivo y concreto. Es difícil que lleguen a interesarle los significados abstractos, que confíe en las personas jurídicas. Por esa causa, en política, es un personalista neto; sigue a fulano de tal y no le interesa la ideología del partido. Eso lo saben las empresas comerciales tanto como lo ignora la burocracia. Mientras ésta por reglamentismo administrativo cambia constantemente sus agentes rurales de un lugar para otro, los vendedores de máquinas, de útiles y productos, destacan siempre la misma persona para cada región y se esfuerzan por que sus representantes se vinculen y acrediten en ese vecindario pues saben que les compran a ellos y no a la empresa.

El hombre de ciudad, en cambio, que inicia su actividad diaria abriendo correspondencia postal, se siente vinculado afectivamente con personas y entidades sin trato directo. No es inusitado que se enfurezca con el repartidor impuntual que no ha visto en su vida. Si es joven, no es raro que recurra al teléfono para hablar con sus preferencias sentimentales y llega hasta sentirse enamorado de personas cuya figura no alcanza a recordar con la precisión propia y natural de esos estados. Todas esas vinculaciones indirectas tienden a introvertir los espíritus; los aleja del objetivismo que es el ingrediente, la fuerza catalítica, de la acción, para caer en una especie de ensoñación desvelada que priva a los sentidos de su uso alerta y natural;

su mundo se vuelve así introspectivo; las inclinaciones, las pasiones de esos espíritus, aislados de la substantividad, nacen en tal caso de prejuicios o de ideologías en suplencia de la realidad externa. Son pruebas fehacientes de ese automatismo intelectual revertido ciertas corrientes artísticas modernas que resultan incomprensibles para quien vive al sol y al aire puro y más o menos aceptables para el homo civis pues son genuinamente urbanos el cubismo, el dadaísmo, el surrealismo y el arte abstracto. Estas nuevas corrientes artísticas no pretenden representar la persona o cosa en sí, con su perfil, color y características objetivos sino con una cristalización de ideas o de emociones más o menos profundas que expresan, dentro de una técnica teórica o simbólica, la impresión subjetiva que produce el mundo exterior. Es arte de lo intelectual y no de lo sensual.

Con la pérdida del sentido objetivista, la tendencia en el hombre de ciudad ha cobrado primacía la abstracción, las ideas generales y lo impersonal. Para el habitante de la metrópoli el que nos vende es el tendero, el almacenero, el repartidor, la empresa; para los que habitan el campo es siempre la persona, fulano de tal. En el mismo vocabulario hay una marcada inclinación por abstractizar los términos y hasta la criminalidad suele ser instigada, no por rencor u odio personal sino por considerar al sujeto como representativo de una raza, de una creencia o de un dogma político.

En el encuentro de sujetos que no se conocen, el paisano es hueraño, retraído, y tarda en tomar confianza, mientras el ciudadano se conduce como aparentemente confiado dentro de un trato impersonal.

Esta tendencia a la despersonalización en el ser urbano es un grave fenómeno, que se revela bajo distintas manifestaciones sociales en las que el individuo renuncia a sí mismo por transferencia inconsciente y simbólica, hacia terceros; es una forma indirecta de superación vital, con evasión de las responsabilidades, en naturalezas desprovistas de aptitudes para ciertas tareas que la ambición individual les exige y, en sus efectos colectivos, es la colaboración pasional con otra persona identificada como líder, héroe o campeón. Algunos sociólogos actuales han estudiado, aun cuando no muy a fondo, este fenómeno bajo el nombre de "procuración social" que en la jerga deportiva conocemos por "hincha".

Este sujeto urbano practica una especie de servilismo altruista que se exalta y sufre con los éxitos y derrotas de su ídolo y forman

una casta, sedentaria y verbosa de deportistas que en el triunfo, humillándose, estimulan y en el fracaso, enfureciéndose, denigran. Esa casta representa, en las grandes ciudades fuerzas de opinión definitivamente parciales y poco constructivas.

Otro tipo de esta categoría de perturbación urbana, más común de lo que se cree, se presenta en el especializado fabril y oficinesco —que no es propiamente un especialista— cuando efectúa un trabajo sin conciencia ni conocimiento de la labor que está realizando y actúa desinteresado de la satisfacción o desagrado que produce su obra concluida, buena o mala, útil o inútil. Ese vivir sin afirmar la personalidad en la tarea, crea una insatisfacción más o menos inconsciente, una inquietud desordenada por no poder llenar la necesidad humana de autoafirmación y da lugar a estados depresivos o a tendencias agresivas. Muchos de los destructores anónimos de bienes colectivos que rompen asientos, rayan vidrios, anotan insultos, voltean señales, estropean obras de arte, etc., corresponden a esta neurosis que compensa su vacío por una autoafirmación provocativa.

Contribuyen a disolver la personalidad no pocas reglamentaciones de trabajo que, pretendiendo asegurar el porvenir de todos, restan la emulación eficaz de la autoafirmación personal y, dentro de esta tendencia, hay corrientes de opinión que hasta han llegado a considerar que el trabajo a desgano es una conquista social.

Este fenómeno de despersonalización humana, más común en las poblaciones densas, es síntoma de una enfermedad colectiva que podría calificarse de "Babelización social" por sus efectos confusivos y anárquicos similares al que nos cuenta la Biblia como causa de fracaso en la construcción de la torre de Babel. Más para considerarla como tal debe ir acompañada de un cortejo de otras manifestaciones como la pérdida de respeto o menosprecio a la ley y sus secuencias, el abuso legislativo y las penalidades excesivas por infracciones menores; el apogeo de la demagogia; la división por indisciplina de los partidos militantes con su derivativo la aversión pública por lo político; cierta tendencia infantilista en el adulto; el predominio de una sensiblería sin ponderación; la amplia popularidad de la burla ociosa y disolvente y otros recursos de evasión o enagenación de la responsabilidad personal y colectiva.

★

Para conocer el hombre no es suficiente estudiar, ni aun profundizar, su biología, es necesario también enterarse de su historia.

Ella revela ciertos caracteres importantes de la especie que por otros medios nos serían desconocidos. Ahora bien, la mayor parte de la sociedad agraria, hasta el siglo XVII por lo menos, vivió dispersa sin experimentar los efectos de la interacción humana que da origen a lo institucional que es la fuente de documentación de los sucesos colectivos.

Es por esa causa que son casi desconocidos los modos de vida del ambiente agrario a través de los tiempos. Los pocos documentos que han podido consultarse no son, en puridad, rurales. Uno de los grandes historiadores modernos, Rostovtzeff, lo hace notar en su magistral "Historia social y económica del Imperio Romano" cuando dice: "Las ciudades nos han contado su historia, el campo permaneció siempre silencioso y reservado. Lo que del campo sabemos, en su mayor parte por hombres de ciudades, proviene de los campos adyacentes a los poblados, pero han habido otros seres humanos que vivieron en libertad fuera del yugo urbano", y en párrafos aparte presupone que estos formaban muy posiblemente la mayoría de la población de la época.

Durante el siglo que corre entre 1750 y 1850 la vida de nuestra campaña sufrió suerte análoga, quedan de ella escasos documentos directos; escapa así de la historia y dificulta la valoración de los niveles de cultura de esa población argentina que tanto influyó en nuestro destino político y militar. No existe, creo, otros recursos de estimación que el dar fe a las afirmaciones de los visitantes extranjeros y a las manifestaciones folklóricas que rebasaron la época y el ambiente autóctono.

Pero no es esta la ocasión para detenernos en un análisis prolijo de estos elementos de juicio y juzgo que basta un ligero inventario para esbozar lo que fué el mundo rural de aquellas épocas.

Neologismos

Comencemos por lo filológico. Es un hecho comprobado que la separación radical de una sociedad de su originaria, tiende a modificar el lenguaje en su pronunciación tanto como en la significación de las voces y a crear nuevas locuciones y nuevas formas sintácticas. El caso bien analizado de un pueblo de Nueva Guinea, aislado por una catástrofe geológica, confirma esta aseveración pero hay otros ejemplos, menos dramáticos, igualmente demostrativos.

Nuestra población agraria, pre y post revolucionaria, tuvo más contacto directo con el indio que con la civilización; vivió en un nuevo ambiente, de paisaje singular, que requería otro modo de vida, otras costumbres y presenciaba nuevas cosas, flora y fauna distintas. No es, pues, insólito que ese grupo humano creara neologismos y nuevos modismos. Lo sorprendente es el misterio de la fuerza idiomática de difusión, de dominio o imperio, que ese pequeño núcleo rural disperso pudo imprimir a su terminología no sólo en el vocabulario nacional sino también en la lengua española y aún en otros idiomas. Rancho es un vocablo casi universal. Rodeo y cimarrón han penetrado en el lenguaje anglo-sajón, lo mismo que peón y no con su valor semántico y etimológico que es obrero o soldado que anda a pie, sino bajo el concepto criollo de trabajador rural ecuestre o pedestre. Caudillo, cuyo uso general es de nuestro medio rústico, es voz española de proveniencia latina (caput-cabeza) o árabe (cabdillo-jefe) fué muy raramente usada en la península ibérica. Se encuentra en el Amadís, en el Lazarillo de Tormes, en Luis de León, pero era ignorado en el medio popular. El Diccionario Histórico de la lengua española, de la Real Academia, nos dice: "Los españoles no han sentido la necesidad de las voces caudillaje, etc.". Esta palabra experimentó aquí, en el uso campesino, una revitalización, un impulso difusivo tal que vuelve a la madre patria para divulgarse entre todas las clases sociales y llegar a ser título que usa con orgullo su actual gobernante. Ha penetrado también en las disciplinas históricas y sociológicas bajo los derivados caudillaje y caudillismo.

La riqueza del léxico criollo se destaca, tal vez abusivamente, en el campo de la observación visual. Existen casi medio millar de conceptos que designan distintos pelajes de animales y son también numerosos los que califican particularidades de conformación exterior.

Pero no son esas las únicas calidades de nuestro vocabulario campesino, hay también en él voces hispánicas con cierta carga emotiva de valor sentimental, que implican en quien las usa corrientemente, un espíritu bien dotado de facultades simbólicas y estéticas. Por ejemplo la palabra "estancia" evoca calma, quietud, paz. "Querencia" rememora fuerzas telúricas, su atracción misteriosa, el amor al lugar que formó nuestro espíritu, donde nos hemos sentido satisfechos y felices. La voz fiador aplicada a la correa que rodea el cogote, en la garganta, del caballo y asegura su retención. "Tiento", que invoca el sentido prolijo del tacto, sirve para designar las tiras finas y uni-

formas de cuero. Malón, matambre, matrero, cuatrero (1) son, entre otros, ejemplos de simbolismo o impresionismo idiomático que revelan feliz imaginación comparativa.

Más lo extraño es que la mayoría de los neologismos del país, que no son sinónimos inútiles de otras palabras del diccionario, vale decir, que son castizas, de buena casta, puesto que responden a verdaderas exigencias espirituales dado que encierran conceptos nuevos o diferencias específicas sobre significados genéricos de otras, son de origen campesino y no urbano. Las palabras *casal* (2), *cancha* (3), *gua-cho* (4), *tambo* (5), *jagüel* (6), *resero* (7), *cimarrón*, *chúcaro*, *tapera*, *pegual*, *choclo*, *retobar* y algunas otras son neologismos que responden a significados singulares.

-
- (1) Cuatrero: Ladrón de ciertos cuadrúpedos. Dentro del concepto argentino es la persona que comete el delito de abigeato. Para el diccionario equivale a abigeo, más por su etimología (ab-agere, conducir, echar adelante) puede inferirse que no se alude al hombre, al delincuente, sino al acto de esta infracción. Abigeo parece más el presente indicativo del verbo abigear usado en nuestro país.
 - (2) Casal: Pareja de macho y hembra, no tiene equivalente en el diccionario. Los sinónimos más próximos en significación son *yunta* y *pareja*, que no encierran ese carácter y casi no difieren entre sí.
 - (3) Cancha: Del quichua, es el espacio de terreno desbrozado, con destino juegos, deportes, o ciertas industrias manuales. Sus sinónimos: *Fron-tón*, que es el edificio para jugar a la pelota; *Explanada*, es todo terreno allanado sin determinar su destino; y *Patio*, espacio cerrado por paredes o galerías. Esta palabra ha gozado de evidente fuerza difusiva pues hoy se usa en todas partes donde se habla español.
 - (4) Guacho: Del quichua *puachu*, pobre, huérfano, es el animal criado fuera de su madre. Se diferencia de huérfano en que éste ha perdido sus padres principalmente por muerte de ellos o uno de ellos. El *gua-cho* tiene las características típicas de la desnutrición (*aguachado*).
 - (5) Tambo: En el habla popular de España, *lechería* vale tanto para tienda donde se expende leche como para la fábrica donde ésta se trata y el lugar donde se ordeña. La Academia considera *tambo* equivalente a *vaquería* o establo de vacas. Su significado en este país, creador del neologismo de origen quichua, es la agrupación de vacas en lactancia, que se reúnen para su ordeño, sea bajo cobertizo o al aire libre. Es también la operación de agrupar animales de lecheros para ordeñarlos. *Vaquería* es el establo que puede servir tanto para lecheras como para vacas de otras funciones zootécnicas.
 - (6) Jagüel: No es sinónimo perfecto de pozo. De buscarle sinonimia le corresponde *abrevadero*, puesto que significa *artesa*, *pozo* o *zanja* donde, por artificio, se extrae o acumula agua para dar de beber al ganado. Su origen rioplatense deriva del español antiguo, de *xaguar*, *xaguadero*, que vale como sacar agua. No es lógico inferir que su etimología sea la misma que *jagüey*, indigenismo antillano para designar un arbusto de esa región.
 - (7) Resero: No aceptado hasta ahora por la Academia Real. Es la profesión de aquellas personas que se encargan de transportar ganado por arreo a los mercados u otros lugares distantes. Su sinónimo más próximo es *arriero*, que *trajina* con bestias de carga.

Literatura gauchesca

Si pasamos ahora del léxico a la literatura gauchesca y nos concentramos a juzgar lo que nos legó el país en su primera mitad de la centuria pasada, debemos reconocer que salvo pocas excepciones, lo más característico y original proviene de la producción popular campesina.

No es esta la ocasión de entrar en detalles estilísticos de esa poesía pero sin duda alguna ella ha tenido más trascendencia en las letras españolas que la que tuvo nuestra literatura urbana de la época. Mientras nacían en el campo formas e imágenes originales, la ciudad por lo común imitaba lo europeo.

Los textos gauchescos no pueden juzgarse con los cánones de la retórica clásica, ni, muchas veces, con las normas de la lógica tradicional. Debe pensarse que sus creadores fueron pueblos analfabetos pero de un nivel de inteligencia muy superior al que se le atribuye. Su sentido de economía verbal es bien manifiesto; se confirma en la forma brusca de ligar párrafos, por supresión de enlaces; en la omisión de verbos y de complementos directos. El problema de la significación es complejo a primera vista pero luego resulta claro. Su forma de expresarse con imágenes, metafóricamente, sus abundantes elipsis, sus comparaciones extrañas, revelan espíritus primitivos a la vez que refinados.

El movimiento surrealista de hace pocos años, en sociedades de literatura muy acrisolada, fué, al fin de cuentas una tentativa urbana por liberar la imaginación de su dependencia directa con los sentidos. En favor de la sugestión espontánea y violenta, se atropelló la lógica y la sintaxis y de esa locura organizada sólo ha quedado, como positivo, un procedimiento literario análogo al gauchesco.

Hernández, que por una circunstancia familiar inclinó sus simpatías hacia el gauchaje, fué el genio de esa casta social, polarizó sus sentimientos y su espíritu. Su obra, *Martín Fierro*, es la más auténtica expresión del alma gaucha, en su fondo y en su forma. No hay en él, como en otras poesías rurales o pseudorurales como *La Cautiva* y *Santos Vega*, cierto dejo de urbanización. Es el documento más vernáculo de la época. Sin pretender hacer juicios comparativos, desde luego dispares, el *Martín Fierro* es como la *Ilíada* y la *Odisea*, poesía de fondo histórico por cuanto describen con acertada veracidad, y no poca belleza, los paisajes, la conducta, los sentimien-

tos y las expresiones de personajes legendarios, típicos del lugar y del momento donde se desarrolla el drama. En la *Iliada*, canto de guerra, arden las pasiones recias como el orgullo, la cólera, la venganza; en la *Odisea*, Ulises, héroe de sabiduría, lucha contra costumbres disolutas y contra las resistencias corrompidas por deleites y vanidades; el poema de Hernández es la rebeldía contra la opresión que sufre una clase rural desamparada y perseguida por la incomprensión urbana de los valores primarios de seres que no pudieron tener contacto con lo institucional. Este, nuestro poema pastoril, que es solaz para todos por su ingenio original, sus descripciones

realistas, vivaces, de paisajes, personajes, pensamientos y costumbres, es también fuente abundosa para el sociólogo. En él se auscultan la incomprensión del campo y la ciudad, la lucha de lo institucional con la porfía de libertad individual de los pueblos agrarios iletrados. Se palpa la injusticia de las levadas sin explicaciones, por policías desaprensivas, inescrupulosas, mandadas por jueces de paz designados por el poder central, entre la gran escasez de hombres idóneos que vivieran radicados en el lugar.

Durante los 50 años que siguieron a la semana Maya, la actividad creadora de la gente de campo, fué, sin duda alguna, abundante y de mayor trascendencia literaria y artística que la urbana de ese período. La poesía criolla por su plasticidad, colorido, sencillez, gracia y armonía, configura la condensación de un estado social, de una sensibilidad colectiva, que representa una fuerza espiritual innegable.

Mas para valorar, en forma integral, el nivel de cultura comprensivo de esa época es imprescindible revistar su acervo folklórico. No creo necesario enumerar las fábulas, leyendas, refranes, adivinanzas, canciones, etc., para convencerse de que la mayoría de ellos, por lo menos los más originales e ingeniosos, provienen del ambiente rural puesto que aluden a objetos y circunstancias de ese medio. De los cincuenta y tantos bailes nacionales, genuinos y adoptados, todos con un mismo carácter general en el que se reserva a la mujer movimientos de una exquisita gracia pasiva, son en su mayoría de fuente campestre.

Si observamos las artes menores, tejidos, arneses, indumentos y trenzados, la prioridad pastoral es todavía más evidente. La artesanía del corambre llegó a un grado de perfección sorprendente y encontró,

con ese elemento, recursos que ningún otro pueblo de la historia mundial conocía hasta entonces. No en vano Sarmiento, entre sus geniales aciertos, la calificó de "Civilización del cuero". Su técnica, hoy algo perdida, suponía, según el destino, la elección del animal y de la parte del cuero, la forma de desollar, de secar a la sombra, de cortar las sogas en trazo espiral o derecho, de estirarlos y sobarlos, y todo ello dependía también del grado de resistencia o de flexibilidad que se buscaba. Crearon numerosos tipos de trenzas, tal vez una treintena, de 1 hasta 21 tientos y variadas clases de costuras decorativas hasta de 15 tientos. El arnés criollo llegó a contener verdaderas filigranas, de un gusto artístico y sobrio.

Cuando se observan en conjunto las numerosas y distintas manifestaciones culturales de nuestra vida anterior pastoril, asombra como milagroso que una población rural tan escasa, tan dispersa y desamparada de protección institucional, haya podido legarnos un caudal de cultura tan abundante y variado en un período tan breve.

Sociedad Pastoril.

¿Qué clase de hombres componían aquella sociedad pastoril? Los exponentes más característicos que, sin duda, tuvieron influencia en su configuración social fueron el gaucho, el paisano y el estanciero.

La voz gaucho, de origen campesino rioplatense, designa un tipo humano específico. Calificó, en su origen, al forajido que vivía en las pampas de la caza, el robo, y, a veces, fué homicida. Azara y otros viajeros imparciales dan noticia de este concepto denigrante y hombres todavía vivientes, que en su adolescencia escucharon diálogos de fogón, así lo comprueban. Posteriormente, tal vez por influencia de las novelas folletinésicas de Eduardo Gutierrez el vocablo cambió de significación y vino a valer por jinete viril, valiente y habilidoso. Este arquetipo epopéyico y original, andaluz o mestizo de india con aventurero español, fué una consecuencia del régimen de las vaquerías. Habituada la población rural, desde la segunda fundación de Buenos Aires a recurrir a la caza de los animales salvajes para su sustento, creóse la pasión incitativa de este magnífico deporte junto con el concepto de que lo natural y salvaje es mostrenco. Resuelto el monopolio de las vaquerías y establecido el contrabando de cueros por instigación extranjera, consideróse delito ese hábito y se castigó severamente. Creóse de esta manera una clase paria; forzada a aban-

donar su hogar, su familia y a vivir aislado en la soledad pampeana. Confiado en sus armas, su caballo, lazo y boleadoras. Su lucha con las autoridades y su soledad lo hicieron insumiso, fatalista silencioso y desinteresado. Carneaba cuando tenía hambre, robaba lo poco que necesitaba fuera pilcha, animal o mujer que luego de usados abandonaba. Su nomadismo crudamente solitario e insocial fué compelido y nó natural, por eso se diferencia del de otras agrupaciones nómades del mundo. Los tártaros, árabes, gitanos, etc., deambulan en familias o en tribus dentro de cierta organización colectiva. El gaucho vaga solo o con un compañero en desgracia. En ese carácter diverge radicalmente con la beatería gauchesca de estos tiempos puesto que esta es por excelencia social.

Sus refugios principales fueron la estancia y la toldería. En aquélla actuaba como peón por día, "changador", donde se sentía, hasta cierto punto, protegido. Darwin en el "Viaje de un Naturalista" capta con acierto ese sentimiento ambiente cuando anota "Los habitantes ayudan invariablemente a los criminales a escaparse y parece que piensan que el asesino ha cometido un crimen contra el gobierno y nó contra la sociedad". Nótese, de paso, la funesta consecuencia de la incomprensión entre las dos sociedades.

Entre los indios, ocioso, soporta la hostilidad de la tribu sólo contenida por el respeto a la eficacia de su acción personal de guerra.

Su presencia y su trabajo dentro del núcleo social campesino tuvo que ser inestable y esa circunstancia enseñó a esos pueblos a respetar la libertad ajena. Todos estos hombres, lo mismo que el paisano que a fin de cuentas fué el gaucho más adaptado a lo institucional, se desempeñaban exclusivamente a caballo. Ahora bien, el jinete mira el mundo que le rodea con las potencias que prestan su inteligencia y su brazo unidos al vigor, a la resistencia y a la velocidad del corcel. El campo de acción de quien cabalga con soltura y unidad se amplía hasta lo sobrehumano y acrecienta el regocijo de libertad y de superioridad. Posiblemente fué por ello que quien, en otras épocas se desempeñaba montado, el caballero, en su vivencia con esas sensaciones, se impuso a la sociedad por su nobleza, generosidad y coraje, y que el término cobró sinonimia de cortesía, valor y altruismo. "El caballo —dice Alberdi— es otro instrumento y símbolo natural de la civilización argentina al mismo título que lo es el río, el canal, el ferrocarril. El caballo es más que un camino que anda; es una locomotora de sangre que no necesita rieles para cruzar el espacio ni mecánico

para hacerse. Nuestras campañas producen naturalmente esa máquina de civilización como produce el pasto que lo alimenta”.

El ganadero, enfrentándose con gran diversidad de animales y hombres de toda calaña, ante situaciones determinadas, por observación, inteligencia y habilidad, planea su acción, establece su estrategia para vencer los peligros que la naturaleza ofrece. Lo vemos así en la caza, cómo busca el lado del viento o del sol para atacar a unos; cómo pausa sus movimientos para atrapar a otros; cómo no pierde tiempo y va derecho en busca de la vaca perdida al lugar que tuvo su última cría; cómo, en el trabajo de rodeo o del corral halla el instante oportuno para apartar la bestia arisca sin un movimiento de más y sin perturbar el conjunto de la tropa; cómo sabe, por el volido especial de las aves que acechan, que detrás de la tupida arboleda hay un animal recién muerto que debe cuerear. Todas estas y otras experiencias dieron al paisano una sensibilidad especial para intuir, por la percepción de rasgos efímeros, las intenciones del animal o del hombre sobre el cual actuaba. La naturaleza tiene un lenguaje, una expresividad, que, quien vive sumergido en ella, la percibe y la interpreta con maravilloso acierto.

Darwin en la obra citada nos transmite su impresión de que “los gauchos y los campesinos son muy superiores a los habitantes de la ciudad” y afirma que jamás ha visto un caso de grosería o de inhospitalidad.

Complementa el núcleo social pastoril de la época el estanciero cuya acción civilizadora merecería más gratitud histórica que la otorgada. En nuestro país que, hasta hace un siglo, no tuvo otra explotación importante que la ganadera, la estancia y la estación de posta fueron las primeras y las principales avanzadas de la civilización. El estanciero, ya por pacto con los indios ya buscando rincones estratégicos de relativa defensa, se estableció en la pampa corriendo los riesgos consiguientes. Sólo después de depedraciones y matanzas se instalaron fortines y reducciones.

La geografía humana y la antropología cultural ha comprobado que las influencias que determinan el arraigo del hombre en un lugar y de su agrupamiento en poblaciones, es, en primer término, el agua superficial potable y la fertilidad del suelo; luego influyen la defensa contra los enemigos externos, los medios de comunicación, el comercio, la religión, la industria y razones de orden cultural y administrativo.

La carencia de cercos que contuvieran los ganados obligó a radicar las poblaciones, dentro de lo posible, en el centro geométrico de la propiedad. En las proximidades de esas construcciones se estableció el rodeo, donde una vez por día, en la mayor parte del año, se efectuaba la concentración de todos los animales no sólo para aque-renciarlos sinó también para evitar pérdidas y robos. Era también en esos momentos en que el contacto social de aquella población hu-mana se hacía estrecho y cobraba unidad de grupo. Más para apreciar la fuerza de cohesión conviene esbozar lo que es una estancia, por lo menos en su significado original y común. Es, sin duda, para quien lo explota, un negocio, una función económica, pero es principalmen-te una forma de vida; un hogar al mismo tiempo que empresa. En ese medio las relaciones humanas son estrechas, más íntimas que en la sociedad urbana y cada núcleo tiende a configurarse bajo un régi-men patriarcal donde el patrón es el sostén y consejero de la pequeña comunidad. El trato continuado con peones y sus familias, con apar-ceros y vecinos colaboradores, le hace pulsar los problemas que afectan cada hogar establecido en la propiedad y a percibir en el éxito de la empresa depende tanto del esfuerzo altruista como de la organi-zación y habilidad administrativa. Cuida el orden de los trabajos y la disciplina de su personal y en casos de enfermedad o de los trámites propios de la vida civil de sus colaboradores, se ocupa de que sean bien atendidos. En este sentido es una especie de jefe de tribu y, no es improbable, que éste ejercicio haya dado origen al caudillo de épocas pasadas.

Por otro lado, el abastecimiento de la estancia y la colocación comercial de sus productos, le requieren contacto con el tráfico ciu-dadano para estar informado de las calidades de los artículos, útiles y máquinas necesarias, de las cotizaciones de plaza, de las reglamen-taciones que rigen sobre su negocio y las que afectan al personal. Vive, pues, estando en la campaña en vínculo indirecto con la ciudad que visita periódicamente y ello le asigna caracteres que participan de rasgos urbanos junto con otros netamente rurales. Esa vida anfi-bia, entre la ciudad y el campo, confiere un temperamento que no satisface en ninguna de ambas sociedades y engendra un dejo de aislamiento espiritual que crea un carácter independiente, centrista, y el hábito de asumir responsabilidades sin titubeos ni mayores cola-boraciones. La estancia, verdadero microcosmo, fué escuela de admi-nistradores sobresalientes y muchos de los hombres formados en ella, cuando les tocó actuar en la función pública, contribuyeron eficaz-

mente en el orden y progreso material de la nación.

De la configuración social de estos tres elementos humanos, el gaucho, el paisano y el estanciero, el primero con su carácter libertario, anti-institucional aporta, junto con su ánimo de resistencia al dominio ciudadano, el acervo del indio y del portugués contrabandista. Nacen de esta contribución nuevas voces como choco, charque, guacho, cancha, etc., de procedencia india; como casal, galpón, refugio, ticholo, garúa y otras de procedencia lusitana, nuevas supersticiones, nueva táctica guerrera, bailes y canciones nuevas y su espíritu fué la antecedencia de la formación de la montonera que tanto dificultó nuestra independencia y organización nacional pero que perfiló el carácter federal y el sistema de gobierno que armonizaba con nuestra idiosincrasia política circunstancial.

El paisano, pujanza autóctona, serena y recia, libre de odios sociales, consecuencia espontánea de la naturaleza que es, a la vez dúctil y consolidadora, fué la fuerza de gravitación constructiva y regulante. En su interacción colectiva con el gaucho y el estanciero, mantuvo en cauce, dentro de su limitado ámbito, las corrientes anárquicas tanto como las innovaciones bruscas e inconsultas que las reglamentaciones civiles y técnicas europeizantes, quisieron imponerle.

El estanciero, en su convivencia con el gaucho y el paisano, aporta ciertos hábitos, maneras, necesidades y noticias traídas de la ciudad; amplía así el sentimiento localista por la sensación de patria y de sus ideales. Es más dócil a lo institucional y más permeable a la cultura europea. Su influencia educadora en ese medio fué grande y civilizante. Su acción obliga al orden en las cosas, a la disciplina en el trabajo. Lucha contra las supersticiones dañosas y dá un ejemplo de comportamiento social.

De estos tres prototipos de nuestra pasada vida rural se forma esa cultura cuyos méritos acabo de destacar y que fué, sin duda alguna, la que dió el carácter que distingue al argentino con rasgos propios entre todos los pueblos del mundo.

Sociedad rural del presente.

Luego quedando el sólido sedimento de esas generaciones de tan recio carácter, vino la dominación definitiva del indio, los ferrocarriles, la gran inmigración, los frigoríficos y el desarrollo amplio y variado de la agricultura y de la ganadería que cambiaron la na-

turalidad de nuestra población agraria diversificándose la idiosincrasia colectiva de los grupos de la ruralidad. Hoy sus problemas sociológicos son mucho más complejos que en las generaciones anteriores.

Intentar, en este momento, describir útilmente las índoles de nuestras diversas colectividades rurales, sería ligereza, sinó vana y cianosa pretensión. No existen elementos de juicio, suficientemente verificados, de ninguna de ellas como para poder sacar conclusión aproximadamente cierta. La sociología argentina ha consagrado sus estudios a normas generales y a analizar los fenómenos que son propios de las multitudes compactas de la ciudad. No existe nada orgánico, sistemático y realista con respecto a los caracteres propios de nuestra población agraria. La obra a realizar es enorme, requiere la colaboración de muchas personas técnicas, disciplinadas, y una acción lenta y paciente, pero su importancia es tan grande para nuestra legislación y para nuestra política agraria, que debiera meditarse sobre la urgencia de iniciar esas investigaciones.

Si pasamos una rápida revista de la sociología rural en su grado de progreso y en su vasta difusión, comprobaremos que es una disciplina autónoma que aplica métodos propios dentro de los principios básicos de la sociología general; que ha adquirido, en algunos países, por los importantes servicios prestados en las disposiciones de carácter agrario, una trascendencia gubernativa de la mayor categoría: Ha llegado a ser una disciplina aplicada de útiles e indiscutibles consecuencias prácticas.

El origen de la sociología rural, en su aplicación pragmática, proviene, sin duda, de los Estados Unidos de Norteamérica. Antes de la última década del siglo pasado, las universidades de Chicago y de Columbia habían incluido en sus cursos de sociología capítulos consagrados a lo rural y en 1905 la de Cornell crea el departamento de organización sociorural para investigar y estudiar la sociedad agraria, pero el germen que dió impulso y difusión a este género de investigaciones fué el informe de la "comisión nacional de vida rural", publicado en 1909. Pocos años después la iglesia presbiteriana edita una serie de Surveys que fué el resultado del trabajo metódico de unas 8.000 personas, la mayoría sacerdotes. Entre los años 1912 y 1913 aparecen los primeros textos y se crean cátedras de esta especialidad en varias universidades. En 1925 la Ley Purnell establece un subsidio de 50.000 dólares para cada uno de aquellos Estados cuyas estaciones experimentales, universidades o escuelas estén dispuestas a realizar esta clase de investigaciones.

Después de varios años en que la disciplina se consolida, esta ciencia adquiere, por sus métodos, especial prestigio y hoy casi todas las universidades y no pocas escuelas agrícolas tienen incluido, en sus planes de estudio, cátedras de sociología rural. Durante este período el Ministerio Nacional de Agricultura crea la División de Sociología Agraria con más de 70 profesionales y otros tantos empleados y se constituye la Asociación de Sociología Rural que publica una importante revista llamada "Rural Sociology".

En 1939 la Sociedad de las Naciones realiza su "Conferencia Europea de la Vida Rural" que publicó una serie de interesantes monografías correspondientes a una veintena de países de aquel continente.

Inglaterra, Suiza, Alemania, se ocupan activamente de esta nueva materia social. Sus bibliografías son de relativa importancia. El germánico profesor Hans Günther ha publicado un exhaustivo y voluminoso trabajo que es una de las fuentes mas importantes de información.

En América latina, Cuba en 1937 incluyó esta disciplina en sus escuelas agrícolas y Chile acaba de establecer con el asesoramiento de la Unesco, un curso especial de dos años con el propósito de preparar sociólogos agrarios.

La situación actual de desconocimiento de los factores que condicionan la vida y el carácter de las muy diversas colectividades rurales del país, es la causa primordial de las improvisaciones aleatorias, muchas veces contraproducentes, de nuestra legislación y de nuestra acción de fomento y de política agraria.

Pretender orientar una agrupación viviente de ámbito campesino, por los medios en uso en las ciudades, con el sólo conocimiento de una técnica y de la parte contable de su economía, prescindiendo de la idiosincracia del grupo humano, es intentar construir sin prestar atención a la clase, calidad y resistencia de los materiales que han de usarse para ese fin.

Los asuntos urbanos (habitación, abastecimiento, tráfico, higiene, moralidad, entretenimientos públicos, etc.) son problemas de masas, que la fuerte interacción humana, facilita la actuación colectiva mientras que en la contingencia rural, dada la dispersión y las dificultades de vigilancia, son, en su mayoría, de carácter individual o

sobre pequeños grupos. Esa es una de las causas fundamentales de que las disposiciones destinadas a una no enquicien en la otra.

Existen en la amplia extensión de nuestro país agropecuario toda clase y etapas de colectividad social, desde la del "pioneer" casi solitario hasta el tipo de comunidad más o menos densa y avanzada y dentro de cada uno de ellas existen idiosincrasias sociales bien diversas. Es por esa razón que el régimen federal es el que mejor encuadra para este tipo de acción política.

El espectáculo demográfico actual del país cuya riqueza es todavía, y sin duda por muchos años, casi exclusivamente agraria, muestra una paradójica y firme tendencia de migración del campo a la ciudad. El progreso urbano frente al abandono rural y su incompreensión, han creado en nuestra capital un conglomerado informe, tentacular y parasitario con más de la cuarta parte de la población de la República.

Buenos Aires y las numerosas ciudades satélites que la circundan apretadamente es, por ello, vengero de un comercialismo excesivo que agrava el encarecimiento artificioso del costo de la vida. El desnivel de esta ciudad en recursos institucionales, culturales y de elementos de bienestar, con el resto de la patria, representa una gran fuerza de dislocación social difícil de contener y aún cuando nos decidiéramos a corregir el error seguirá gravitando por mucho tiempo. Pareciera, pues, que el camino a tomar para ir salvando ese desequilibrio, está en la capacitación de las fuerzas sociales, políticas y administrativas que median en la legislación, en las reglamentaciones del agro y en la acción de fomento técnico y cultural de nuestro mundo agropecuario.

Más para encauzar y obtener esa capacitación es obvio comenzar por el estudio de los conocimientos teóricos que facilitan la comprensión de la sociedad agraria en sus características generales y de los métodos de investigación sobre el terreno para dilucidar la idiosincrasia regional, ecológica, de los muy diversos núcleos agrícolas y ganaderos del país.

La sociología rural que no es materia puramente teórica o filosófica sino de aplicación práctica y benéfica, ha sido dejada de lado por nuestras universidades; debiera, por lo menos, formar parte de la Sociología General en las Facultades de ciencias sociales y constituir un curso especial en las de Agronomía y Veterinaria. Esta dis-

ciplina puede prestar servicios de trascendencia no sólo porque permite sondear lo que desconocemos de nuestra patria sino también porque daría a los egresados de las universidades recursos espirituales, cierto mundo en el medio agrario, que facilita la acción inmediata en cualesquiera de las especialidades, a los que han de actuar en la campaña o en relación con ella. Por otra parte esta disciplina enseña a no acercarse a los problemas sociales con prejuicios ni ideologías preconcebidas, a huir de los procedimientos arbitrarios, de las generalizaciones extremas y reduce los peligros inherentes de una acción ineficáz o perturbadora para el grupo humano que se pretende servir.

De mis estudios y meditaciones sobre los problemas agropecuarios de nuestro país guardo la vehemente convicción de que la sociología rural, bien organizada, puede prestar servicios importantes para la difusión eficaz de los adelantos tecnológicos, para el progreso y organización institucional de nuestro mundo agrario y para encauzar más racionalmente el movimiento demográfico de la nación.

Buenos Aires, septiembre 24 de 1958.

